





12.

Sin nombre: el inmortal silencioso

En tiempos antiguos, existía un alma joven y pura, nacida en un cuerpo humano, cuyo destino fue barajado un poco fuera de lo común. Desde su nacimiento, nunca pudo hablar ni escuchar a los de su especie. Incapaz de comunicarse de forma tradicional, aprendió otras maneras de conexión con el mundo, pero siempre se sintió aislado. A temprana edad, decidió abandonar su pueblo natal en busca de algo más, algo aún sin definir.

Se adentró en lo profundo e inexplorado de las montañas y encontró refugio entre la tierra, las rocas, las flores, los arbustos y los árboles. Fue allí donde conoció a Oguro, un escarabajo ermitaño que le enseñó a sobrevivir en armonía con la naturaleza. Bajo la tutela de Oguro, y gracias a su sabiduría milenaria heredada de generación en generación, el joven aprendió a encontrar alimento, construir refugios, entender los susurros del bosque, interpretar las señales del entorno y escuchar las historias que contaban la tierra, el fuego, el viento y los ríos.

Cada día en la montaña traía consigo una lección sobre la danza interconectada de los seres vivos y el frágil equilibrio del cosmos. Pero como todo escarabajo, Oguro tenía un ciclo breve, y lo acompañó solo por un suspiro de tiempo, dejándolo nuevamente en soledad, aunque con un valioso tesoro de enseñanzas que lo guiarían por mucho tiempo más.

Sin voz ni oído para la lengua humana, el joven carecía de nombre. Y cuando *La Santa Muerte* vino por él, no pudo reclamarlo -o por lo

menos, no en ese momento, y no de buen agrado- pues lo innumerable e indefinido escapa a sus manos, al no poder escribir el nombre de quien debe fallecer para sellar el pacto que abre el sendero hacia el Érebo; la oscuridad que conduce al inframundo.

Así, el joven continuó viviendo y desafiando peligros con una resiliencia muda que lo llevó a aventurarse por los encantados Bosques de los Susurros, donde las sombras danzan y los espíritus conversan con los visitantes; por el abrasador desierto de la Tierra de Fuego, donde las arenas cantan; y por tempestuosos mares que con furia custodian las mágicas Islas de las Brujas, entre otras hazañas extraordinarias por todo el mundo.

Con cada prueba superada, se forjaba su leyenda en los reinos del sur y del norte como *El Inmortal Silencioso*, y los ecos de su historia resonaron incluso más allá de los Reinos de los Dioses Perdidos, elevándolo a mito viviente, más allá del tiempo y del espacio.

Pero, tras siglos de evasión, *La Santa Muerte*, cansada de ser burlada, tejió una trampa con el amor como cebo. Cierta día, mientras exploraba un valle desconocido, el joven halló a una muchacha en desgracia, sumida en un profundo sueño. Al acercarse, sintió un lazo inexplicable, como si sus almas se hubiesen buscado desde el principio de los tiempos. Su belleza era etérea, casi irreal, y dentro del *Inmortal Silencioso* -que jamás había conocido tal atracción-, todos sus órganos comenzaron a rugir con una insaciable hambruna. Cautivado por tal majestuosidad, quedó preso de un vínculo tan misterioso que no hubo forma de evadir tan inconcebible suceso.

Pasaron días juntos, entre silencios cargados de conexión y miradas prohibidas dirigidas a la inerte joven. Sus ojos decían lo que no debía decirse. Por primera vez, él sintió que la soledad no era su destino eterno. Se entregó sin reservas, uniendo su alma a la de ella desde lo más profundo de su ser, en actos impuros y depravados que extasiaron su corazón.

Pero aquel amor era un espejismo, una trampa tejida con maestría por *La Santa Muerte* para reclamar lo que le pertenecía. Hizo que la mente del Inmortal se acercara al abismo, y que su corazón, por primera vez,

jurara en silencio que le pertenecía, que estarían juntos hasta el final de los días. Entonces, una sombra fría lo envolvió, y la joven despertó, revelándose como un avatar de la muerte. Con una sonrisa teñida de tristeza, le confesó que su hora había llegado, que no podía seguir desafiando el orden cósmico.

—Las almas enamoradas se pertenecen —susurró *La Santa Muerte*.

Y así, sin necesidad de nombres, el pacto por fin se selló ante sus ojos. Tomado de las manos suaves, pero frías, de *La Santa Muerte*, cruzó el umbral hacia el Érebo con una sonrisa en el rostro, feliz de marcharse acompañado por aquel amor fugaz que, aun siendo efímero, se sintió tan real, tan profundo... como si hubiese sido toda una vida.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.